

Pintauñas

La escena es la siguiente: sofá azul, cenador azul, y más allá: cielo azul, mar azul.

Sobre la mesita: acetona, bastoncillos de algodón, y esmalte rojo brillante, de esos que parecen tener polvo de purpurina dorada mezclado con el tinte.

Una rutina inaudita. Recostada en el sofá, el gato sobre el regazo azul, pintándose las uñas. Hacía dos semanas que no se las arreglaba y sólo cabían ya dos opciones: exterminación o transformación. ¿Y porqué no sentirse alguna vez atraída por el ritual de las uñas? ¿Porqué no desperdiciar las escasas horas libres en el limado, pintado y retocado de diez uñas transparentes y anodinas?

Y contemplarlas desde lejos, las manos de una extraña, tiñéndose de color bajo los atentos cuidados de un pincelito rojo. Primera capa. El color se extiende en gruesas líneas irregulares sobre los pequeños dedos. Secado. Segunda capa. El color adquiere intensidad y los brochazos se reparten ya uniformemente sobre diez uñas rojas.

Uñas rojas. Armamento erótico. Las manos de una puta tamborileando sobre la madera, las manos de una puta acariciando un pecho desnudo. Y sólo son diez uñas, brillantes bajo el alógeno del baño, diez uñas disfrazadas de rojo frente al espejo del mundo.